

CAPÍTULO XVII

LUIS DE BAVIERA.—CÁRLOS DE BOHEMIA.—NICOLÁS RIENZI.

Las alternativas del Imperio, disputado en esta época por Luis de Baviera y por Federico de Austria, no permitieron al uno ni al otro ocuparse de Italia. Pero cuando el primero dominó á su rival, se aprestó á trasladarse á la península. Llegado á Trento con un escaso número de hombres (1327), se avistó con los gibelinos principales, Marco Visconti, Passerino de Bonacossi, señor de Mántua, Obizzo de Este, Guido Tarlatti, Can de la Escala, y los embajadores de Castruccio, de Sicilia, de los pisanos, quienes le prometieron 150,000 florines de oro para sus gastos: escoltado después por ellos se dirigió á Milan, donde fué coronado.

Allí Mateo I sostenido por sus cuatro valientes hijos y por todos los gibelinos, había puesto bajo su autoridad á Bérgamo, á Pavia, á Plasencia, á Tortona, á Alejandria, á Verceli, á Cremona y á Como. Habiéndose trabado una disputa entre él y el papa, que durante la vacante del imperio, pretendía nombrar los cardenales imperiales, el cardenal de Poggetto publicó contra él una cruzada imputándole enormes desmanes, tales como por ejemplo, haber puesto trabas á las condenas de la Santa Inquisición. Asustado por la excomunión, reunió al pueblo en la catedral, hizo delante de él profesion pública de su fe, exhortó á sus hijos á que ingresaran de nuevo en el seno de la Iglesia, y se retiró á un claustro en Crescenzago (1322). Murió allí dejando la reputación de un hábil capitán, de un político diestro, vacilando no obstante entre la ambición gibelina y el respeto á las ideas religiosas.

Galeazo, su hijo, obtuvo, á pesar de las amenazas pontificias y de las tramas de los descontentos, el título de capitán general. Pero Versucio Lando, caballero de Plasencia, á cuya esposa quiso seducir, hizo que se rebelara contra él esta ciudad, á la cual siguieron otras y Milan luego, considerándolo

como enemigo de la Iglesia; pero ayudado por los alemanes mercenarios y por el valor de su hermano Marcos, recuperó la capital. Fué asaltado allí por los güelfos, que tenían á su cabeza al cardenal y á Raimundo de Cardona; pero el enemigo se vió precisado á retirarse, cuando las enfermedades y las intimaciones del emperador Luis se unieron á las derrotas sufridas.

Irritóse el papa de aquella intervencion del emperador, y alegando contra él una serie de graves culpas, le mandó renunciarse al Imperio bajo pena de excomunión; pero como éste apeló al concilio, tratado el papa por él en términos los más injuriosos, lanzó sobre su cabeza el anatema, le declaró destituido y puso en entredicho los países que reconocieran su autoridad. No por eso dejó Luis de continuar su viaje, llevando á sus partidarios el entredicho papal, considerando á la Italia como un país que esplotar y engañar. Aunque hubiese nombrado á Galeazo su vicario, le hizo poner preso, á instigacion de Marcos Visconti y de los gibelinos, con sus hermanos Lucas y Juan, su hijo Azzon, y meter en los hornos de Monza. Llamábase así ciertas prisiones preparadas por el mismo Galeazo, cuyo suelo era convexo, y la bóveda tan baja que no podían estar ni de pié ni acostados.

Esta primera traicion fué acompañada de otras muchas; mientras que proseguía su marcha con ayuda de Castruccio Castracane. Habíase cansado Pisa de favorecer con tan grandes gastos al partido gibelino, sin conseguir más que las excomuniones del papa y las traiciones de los emperadores. Persuadió Castruccio á Luis á que atacara á aquella ciudad, que se rindió pagando 150,000 florines. Confió el emperador la soberanía de ella á su mujer, así como erigió en ducado á Luca, Pistoia, Volterra y la Lunigiana, en favor de Castruccio. Encontró en Roma los ánimos muy mal dispuestos respecto

de los papas, que dejaban abandonada la ciudad. Los güelfos habían sido arrojados y Sciarra Colonna elegido capitán para gobernar en union de cincuenta y dos ciudadanos. Este presentó al príncipe bávaro una acusacion contra Juan XXII, que no habiendo comparecido á la citacion, fué declarado depuesto (1328); después se procedió á la eleccion del antipapa Pedro de Corbières, que tomó el nombre de Nicolás V. Hizose Luis coronar por Nicolás, y Castruccio asistió á la ceremonia como conde de palacio, vestido con un traje de seda carmesí, y escrito en el pecho: *Es como Dios quiere*, y por detrás: *Será lo que Dios quiera* (1).

Propontase marchar sobre Nápoles, cuyo rey se había opuesto sin cesar á sus proyectos; pero fuease que los gibelinos se cansasen de las pesadas cargas que les hacia soportar, ó que cediesen á su movilidad natural, ó porque los pueblos sufrían el

entredicho, le abandonaron: Galeazo Visconti, que había recuperado su libertad á precio de dinero, y que seguía á Luis, aunque contra su voluntad, murió en Pescia escomulgado y al servicio ajeno. Informado Castruccio de que los florentinos asolaban sus dominios, corrió á salvarlos, y volvió á recuperar á Pisa y Pistoia; pero las fatigas que había sufrido le condujeron al sepulcro, y dejó la autoridad á su hijo Enrique (2). Privado Luis de su brazo derecho y de recursos rentísticos, no habiendo sabido más que ponerse en ridículo con su pomposo atavío y los virulentos cargos que oponía á los pontífices, alternados con bajas sumisiones, se vió obligado á abandonar á Roma apresuradamente, perseguido por la bafa del pueblo enfurecido, que desentierra hasta los cadáveres de los alemanes muertos en aquellos últimos tiempos. Mientras que él se ocupaba en Pisa en instruir el proceso de los papas de Aviñon, los florentinos iban á insultarle hasta sus murallas. Las perfidias y violencias, con ayuda de las cuales se procuraba dinero, acabaron por deshonrarle. Olvidando los servicios que le había prestado Castruccio, vendió Luca á Francisco Castracane, pariente y enemigo de los hijos de aquel capitán gibelino, que de esta manera se encontraron reducidos al oficio de jefes de bandas. Gran número de sajones de su comitiva, á quienes no pagaba, renunciaban á la obediencia y se retiraban á la montaña de Ceruglio, entre Luca y Pisa, donde vivían de rapiñas. Guiados después por Marcos Visconti, á quien tenían en rehenes por el pago de su sueldo, ocuparon á Luca, que adjudicaron al mejor postor para cobrar sus pagas.

Azzon Visconti, que había sncedido á su padre, había arrojado de Milan al magistrado imperial y comprado á Luis el vicariato, tambien imperial, mediante 125,000 florines; pero viendo no muy seguro al emperador, y queriendo ahorrarse lo que le quedaba que pagar, se volvió á favor del papa. Vióse, pues, Luis obligado á retirarse maldecido por los italianos, que habían permanecido mucho tiempo privados de sacramentos por su causa, y dejando envilecida la autoridad imperial que había vendido á pedazos.

Llevaba entonces el partido güelfo la mejor par-

(1) «El y su mujer con toda su gente armada salieron por la mañana de Santa Maria la Mayor, que era adonde habitaba entonces, dirigiéndose á San Pedro; iban delante cuatro romanos, con banderas, llevando los caballos cubiertos de cendal, y mucha gente forastera; las calles estaban limpias y llenas de arrayan y laurel, y adornadas con las mejores joyas y telas de cada casa. Hé aquí el modo con que fué coronado y quiénes fueron los que le coronaron: Sciarra de la Colonna que había sido capitán del pueblo, Buccio de Processo y Orsino de los Orsini, senadores, y Pedro de Monte-Nero, caballero romano, vestidos todos con telas de oro; además de éstos fueron á coronarle cincuenta y dos del pueblo, y el prefecto de Roma que siempre iba delante de él, como dice su nombre; á su lado iban los cuatro capitanes senadores y caballeros ya citados. Jacobo Savelli y Tibaldo de Santo Estazio y otros muchos barones de Roma; hacia que fuese siempre delante de él un juez de derecho, el cual tenía por cada cuartel de Roma el orden del Imperio, y en este orden llegaron al sitio de la coronacion; no faltó más que la bendicion y confirmacion del papa que no estaba allí; y el conde del palacio de Letran, el cual no se hallaba en Roma, y que segun el orden del Imperio, debía tener el crisma cuando se tomaba del altar mayor de San Pedro, y recibir la corona cuando se traía, á lo cual se proveyó, haciendo conde del palacio á Castruccio, que era duque de Luca. Antes con gran solicitud le armó caballero, ciñéndole la espada con sus manos y dándole el espaldarazo, y después hizo caballeros á otros muchos, tocándoles con la varita de oro, y Castruccio armó en su presencia á siete. Después de esto se hizo consagrar el dicho Bávaro como emperador, en lugar del papa ó de sus cardenales, por los cismáticos, el obispo que fué de Vinegia, sobrino del cardenal de Prato, y el obispo de Ellera; del mismo modo fué coronada su mujer como emperatriz. Así que estuvo coronado el Bávaro, se hizo leer tres decretos imperiales; el primero sobre la fe católica, el segundo sobre el honor y respeto que se merecen los clérigos, y el tercero mandando conservar las pensiones de las viudas y pupilos; este hipócrita disimulo agradó mucho á los romanos. Después de esto mandó decir la misa, y concluida la solemnidad salieron de San Pedro, y se dirigieron á la plaza de Santa Maria Araceli, adonde estaba preparada la comida, y á causa de la larguísima ceremonia se hizo de noche antes de comer, quedándose á dormir en el Capitolio.» J. VILLANI, X, 54.

(2) «Castruccio fué un valiente y magnánimo tirano; sabio, prudente, solícito é infatigable; valiente en las armas y muy prevenido en la guerra; aventurado en sus empresas, muy temido y formidable; en su tiempo hizo muchas y muy buenas cosas, y fué un azote para sus ciudadanos, los florentinos, los pisanos, los pistoleses y todos los toscanos por espacio de quince años, que dominó en Luca; fué bastante cruel en hacer morir y en atormentar á los hombres, ingrato á los servicios que recibió en sus apuros ó necesidades, aficionado á gentes y amigos nuevos, y muy orgulloso por su posicion y poder; y hasta se creyó señor de Florencia y rey en Toscana. Los florentinos se alegraron mucho de su muerte, y apenas podían creer que fuese verdad.» El mismo, X, 85.

te, Marcos Visconti es degollado por los que temen su ambición. Cambia Azzon su título de vicario imperial por el de pontificio. Consigue ventajas el rey Roberto en Lombardia; Brescia, que se había entregado á él, arroja á los gibelinos, cuya influencia la dirigía. El cardenal de Poggetto, mal soldado y peor sacerdote, bajo pretexto de proteger los intereses del papa ausente, trata de formarse para sí mismo un hermoso Estado en medio de la Italia. Allí, aprovechándose las ciudades de la ausencia del pontífice, se agitaban en una tempestuosa independencia. Aseguraban los Polenta su autoridad en Rávena, los Malatesta en Rímmini, los Montefeltro en Urbino, los Varani en Camerino, y una veintena de otros señores, se habían formado entre el Apenino, el Adriático y el principado de Benevento, reprimidos apenas de cuando en cuando por algún legado pontificio, que procuraba por alianzas, por las armas y por los entredichos reintegrar la autoridad papal. Situada Bolonia en el centro de Italia, populosa, comerciante, orgullosa con su universidad, disputaba á Florencia la suprema dirección de los güelfos, y conservaba su libertad, aunque estuvo con frecuencia dividida en sectas y facciones. Los Gozzadini y los Beccadelli, favorecían bajo el nombre de Maltraversi, el gobierno popular que combatían los Scacchesi. A la cabeza de aquella segunda facción se encontraba Romeo Pépoli, á quien sus bienes heredados y los que había adquirido personalmente, daban una renta de 120,000 florines (millon y medio del día), que empleaba en dominar, corromper ó eludir la justicia.

Habiendo sido derrotados los boloñeses en Montevoglio por los gibelinos de Lombardia, Romeo Pépoli les persuadió se entregasen al cardenal de Poggetto, que estableció allí su residencia como centro de un grande y futuro principado; ya había reducido á su ley á Parma, Reggio, Módena y otras ciudades de la Romaña. Pero apenas fué derrotado en Ferrara (1333), cuando los señores romañoles se insurreccionaron por todas partes, y él se vió precisado á volver á Aviñon, cargado de oro y de ignominias. A la muerte de su padre, perdió toda autoridad; la misma Bolonia se rebeló y pasó alternativamente del régimen de la libertad al dominio de Tadeo Pépoli, que acabó por hacerse señor de ella, bajo la soberanía de la Iglesia, comprometiéndose á pagarle anualmente 8,000 libras boloñesas. Faenza, ordinaria residencia del conde de Romaña y del legado, fué la única que quedó fiel á los papas.

En los pasados peligros, los florentinos se habían sometido al duque de Calabria, Carlos, hijo del rey Roberto. Aquel príncipe había ido con un hermoso ejército de provenzales y catalanes, pero sin tener en cuenta las convenciones acordadas, les sacó 450,000 florines al año, en lugar de los 200,000 estipulados; quiso ejercer el derecho de paz y guerra, favorecido en esto por los nobles, que se avenían mejor á un principado que á la democracia,

tanto más, cuanto que permitió toda licencia á sus amigos. Derrogando además las leyes para la represión del lujo de las mujeres, añadió á las desgracias públicas las querellas domésticas. Libertó su muerte á los florentinos, que dueños entonces de su casa reformaron su gobierno, instituyendo sólo dos concejos, el uno de trescientos vecinos baja la presidencia del capitán del pueblo, el otro de doscientos cincuenta vecinos y nobles, bajo la del podestá, asambleas que se renovaban alternativamente cada cuatro meses.

Juan de Luxemburgo.—Habiendo muerto todos los jefes de los gibelinos, Castruccio, Juan Galeazzo, Can el Grande y Passerino de los Bonacossi, era importante para ellos tener alguno que oponer al cardenal de Poggetto. Como entonces aquel Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, á quien hemos visto desempeñar el papel de pacificador universal (1330), se encontraba en el Tirolo, los brescianos enviaron á ofrecerle que fuera su soberano si quería socorrerlos contra sus desterrados gibelinos y contra Mastino de la Escala, que pretendía volverlos á su patria. «Pobre de dinero y deseoso de señorío» llegó, apaciguó las facciones é indujo á Mastino á desistir de sus pretensiones. La fama de sus novelescas hazañas, su noble espíritu, su elocuencia, su generosidad, fascinaron á todo el mundo, tanto más, cuanto que no tenía derechos y que todo lo debía á la libre elección. Invitáronle los bergamascos á aceptar su señorío. Otro tanto hicieron Crema, Cremona, Pavia, Verceli, Novara, Parma, Reggio, Módena, Luca. Lo mismo hizo hasta Milan, donde constituyó como su vicario á Azzon, que aguardaba sin celos el fin de un reinado que preveía deber ser efímero.

Entonces Juan, que deseoso de ser agradable á todos, se mostró no menos amigo de los partidarios del pontífice que de los imperiales, entró en parlamentos con el legado (1331); por lo que los italianos concibieron desconfianza, temiendo que se entendiese con el papa para reducir el país á la servidumbre. Los florentinos rompieron los primeros con él, y se aliaron con el rey de Nápoles; después, como los negocios de Alemania le llamaban, dejó la autoridad á su hijo Carlos, que recomendó á los duques de Saboya. Pero éstos le abandonaron pronto. Uniéronse los gibelinos de Lombardia y los güelfos de Toscana para volverle á tomar las ciudades que se habían entregado á su padre, y se concluyó una liga en Orzinovi entre los señores gibelinos (1332), la república de Florencia y el rey Roberto, con el objeto de garantizarse recíprocamente sus posesiones. Carlos no opuso gran resistencia; le bastaba obtener dinero, y tener campo para otras empresas.

Juan volvió á presentarse en Italia con mil seiscientos caballeros levantados en Francia, y cien mil florines que le había prestado Felipe VI: tenía además en su favor al papa, que quería humillar á los florentinos, hostiles al cardenal legado; pero conociendo que no podía sostenerse, pensó en ha-

cer al menos dinero. Vendió en su consecuencia Parma y Luca á los Rossi; Reggio á los Fogliano; Módena á los Pio; Cremona á Ponzino Ponzone, y abandonó aquel territorio; ¡pobres reyes y no menos pobres emperadores, que sin soldados y sin dinero, se mostraban un momento entre aquellos señores y republicanos, bien provistos de estos dos poderosos recursos! No teniendo otro objeto que llenar algo su bolsa, se hacían escarnecer ó odiar; y si obtenían alabanzas en Alemania, parecían bárbaros en medio de la civilización y del refinamiento de la Italia; tiranos en comparación con aquellos derechos. Luis de Baviera lo vendió todo, y fué un pérfido; Juan de Luxemburgo fué más leal, sin mostrar menos venalidad; Carlos, su hijo, después emperador, empeñó á Florencia por mil seiscientos veinte florines la corona imperial, que los sieneses se vieron después obligados á recobrar á sus expensas. No sabemos, pues, cuál era el pensamiento de Dante cuando llamaba la venganza de Dios sobre Rodolfo de Habsburgo y sobre Alberto su hijo, culpables de dejar devastar el jardín del Imperio, y no ir á ajustar el freno de la indomable yegua; no sabemos tampoco lo que deseaba Petrarca cuando dirigía á Carlos aquellas pomposas apelaciones. ¿Qué podían esperar los italianos de los emperadores? ¿Qué tenían que aguardar de los papas? y no obstante no cesaban de deplorar su ausencia: sirviéndose del nombre de unos y otros para formar partidos, para cubrir sus ambiciones particulares y agitarse en medio de las tempestades de una libertad que no sabían ni establecer de un modo duradero, ni decidirse á perder.

Habiéndose hecho viejo el rey Roberto, no teniendo ya suficiente energía para mandar á los güelfos, la facción opuesta tomó en todas partes la superioridad. Azzon Visconti, que por el esplendor de las artes, letras y el fausto, adormecía las poblaciones sobre la pérdida de su libertad, llegó á poseer, además de Milan, á Bérgamo, Cremona, Plasencia, Borgo Sandonnino, Triviglio, Vigevano, Pizzighetone, Como, Lodi, Crema, Brescia, Lecco. Al mismo tiempo, su tío Juan arrebató á los Torricelli Novara, cuya silla episcopal ocupaba.

Los Escaligeros.—El poder de los Visconti se hallaba contrabalanceado por el de los Escaligeros, que desde Verona estendían su autoridad sobre la Marca de Treviso, favorecidos cual lo eran por los emperadores, como ardientes gibelinos. La grandeza de los segundos se acrecentó cuando llegaron á incorporar á Pádua á su territorio (1312-29). Esta ciudad, que se había libertado del yugo de los Ezzelinos, había después sometido á los Carrara su tumultuosa independencia, y para defenderse contra Can el Grande, armó diez mil caballos y cuarenta mil infantes. ¡Tan poderosa era! «Can el Grande fué el príncipe más espléndido de su tiempo, feliz en la guerra, sábio en el consejo, amigo de los literatos y artistas y fiel á sus promesas.» Mastino II, que le sucedió, juntó á Pádua y á

Verona que ya poseía, Vicenza, Feltre, Belluno, Treviso; ocupó á Brescia, de donde arrojó al vicario Juan de Luxemburgo; después Parma se entregó á él por un tratado. Habiendo quedado Luca en poder de los alemanes de Ceruglio, Florencia la pidió negociar su adquisición para sí; concluyó el ajuste, pero para su provecho propio (1335): así estendió su autoridad suprema sobre nueve ciudades que le rentaban anualmente setecientos mil florines, cuando apenas redituaba Francia tanto á su rey. Respondió á los florentinos, que le proponían trescientos mil si quería cederles Luca, que no necesitaba de una miseria semejante. En efecto, meditaba hacerse rey de Italia, y Luca le hubiera servido de puesto avanzado para someter á la Toscana. Habíase aliado á este fin con los pequeños señores de los Apeninos, y mantenía una corte de tal manera espléndida, que escitaba la admiración aun en medio del lujo de aquel tiempo. El historiador Cartuzio (3) encontró á Mastino rodeado de veinte y tres príncipes desposeídos por las súbitas catástrofes, tan frecuentes entonces. Tenía en su palacio gran número de aposentos, adornados de diferente manera, y en relación al estado de aquellos á quienes daba hospitalidad por los símbolos y adornos que tenían. Así es que los guerreros encontraban en ellos trofeos, los desterrados esperanza, las musas sonreían á los poetas, Mercurio á los artistas, los coros del paraíso á los predicadores. Durante la comida los músicos, juglares, y bufones divertían á los convidados. Las salas estaban cubiertas de cuadros que representaban las vicisitudes de la fortuna (4).

(3) *Historia*, lib. VI, cap. I.

(4) Muzio Gazata, ap. MURATORI. «Este señor Mastino (dice un autor contemporáneo) fué de los más grandes tiranos de la Lombardia, el que tuvo más ciudades, más poder, más castillos, más concejos y más almacenes. Tuvo á Verona, Treviso, Pádua, Civitate, Crema, Brescia, Reggio, Parma. En Toscana tuvo á Luca, la Lunigiana, y fué señor de quince grandes ciudades. Venció á Parma en una guerra tenaz. Cuando su ejército mantenía el sitio delante de una ciudad, le dirigían sobre cuarenta catapultas, y nunca se volvía sin que hubiese concluido por hacerse dueño de ella. Quería ser señor, fuera por fuerza ó por amor. Puso el pie en Toscana y adquirió á Luca engañando á los florentinos, por eso los florentinos urdieron contra él la trama que causó después su ruina. Amenazó después á Ferrara y Bolonia. Recompensó á los nobles que le entregaron las ciudades, reteniéndolos cerca de sí, concediéndoles gran protección. Tenía á su servicio muchos barones, muchos soldados de á pie y de á caballo, muchos bufones, muchos halconeros, muchos palafreneros, carros, caballos de justa; en los torneos manifestaba su grandeza. Se veía á los cortesanos despojarse de sus capuchones, tudescos inclinándose hasta la tierra, festines que nunca terminaban; mientras se oían trompetas, caramillos, zampoñas y timbales; de todas partes llegaban mulos cargados de tributos, y sucesivamente tenían lugar los torneos, cantos, danzas, saltos y toda recreativa y dulce diversion. Allí se recamaban paños franceses, tártaros... y terciopelos; se llevaban telas bordadas, esmaltadas y doradas. La ciudad entera de Verona

Pero los venecianos que hasta entonces no se habían mezclado en asuntos del continente sino como extranjeros, sin concebir alguna sospecha, mientras tuvieron por vecinos al obispo de Pádua, de Vicenza y de Aquilea, llegaron á recelar de las intenciones de los poderosos señores de la Escala. En efecto, Mastino había meditado librar á los países colocados bajo su dominación de la servidumbre que les imponían los venecianos, suministrándoles la sal con la exclusión de otros cualesquiera (1337). Hizo construir fuertes sobre el Po con el fin de exigir gabelas á aquellos que cruzaban sus corrientes. De aquí provino una guerra, en la cual Venecia se alió con Florencia en daño de los Escalígeros. Azzon y los señores desposeídos se aprovecharon de esta circunstancia para ligarse *ad desolationem et ruinam dominorum Alberti et Mastini, fratrum de la Scala*, ya en la mente se repartían las posesiones y hacían insurreccionarse contra ellos diferentes ciudades. Mastino se vió en último resultado obligado á ceder muchas á la paz. Pádua volvió á los Carrara, celosos güelfos: apoderáronse los venecianos de Treviso, Castelfranco y Cenada, que fueron sus primeras posesiones en

parecía hundirse cuando montaba á caballo; cuando amenazaba, toda la Lombardia temblaba. Entre otras magnificencias, se cuenta que deseando comer un día en su cámara, tenía ochenta criados de aparador que cada uno servía una mesita donde había dos barones. En su residencia había un numeroso séquito de jueces, médicos, literatos, y hombres versados en toda clase de conocimientos. Su fama llegaba á la corte de Roma, y en verdad no tenía semejanza en Italia. Tan magnífico fué monseñor Mastino. De lo que más se gloriaba era de que á pesar de ser inmenso su poder, nunca conoció la fragilidad humana. Cuando llegó á tanta elevación y grandeza, hizo construir el palacio que aun se admira en Verona, pero para ello derribó la iglesia de San Salvador, y le salió mal. Desde entonces comenzó á despreciar á los otros tiranos de Lombardia y no se presentó más en sus reuniones. Después mandó hacer una corona guarnecida de perlas, zafiros, rubies, carbunclos y esmeraldas, de valor de 20,000 florines, con la intención de hacerse prontamente proclamar rey de Lombardia. La hizo en efecto por industria y sagacidad, para dar á entender que por el trascurso de los años, había ganado aquel reino. Esto desagradó á los demás tiranos, que convinieron en no ser súbditos de uno de sus iguales. Monseñor Mastino fué caballero bávaro, hombre de mucha cabeza y señor amigo de la justicia. En sus Estados se viajaba con plena seguridad, con el oro en la mano y administraba cumplidamente justicia. Era moreno, velludo, tenía el vientre abultado, gran barba y mucha maestría en la guerra. Cincuenta palafreneros se hallaban en sus caballerizas. Se mudaba de vestido todos los días, y cuando cabalgaba llevaba en su séquito dos mil hombres de á caballo y dos mil infantes, jóvenes escogidos, bien armados y siempre con espada en mano. Su persona mientras fué virtuoso era admirada, pero decayó tan pronto como la soberbia y el lujo llegaron á corromperle. Se vanagloriaba de haber violado cincuenta doncellas en una cuaresma. Estos vicios señalaron su decadencia. Comía carne el viernes, el sábado y la cuaresma, no haciendo caso de las excomuniones. *Historia romana*, ap. MURATORI, *Ant. It.*

tierra firme. Viendo Mastino agotados sus recursos, ofreció Luca á los florentinos; pero mientras ajustaban el precio de la venta les anticipan los pisanos (1341), y se resisten con auxilio de los Visconti halagándoles por otra parte verse libres de una vecindad molesta.

No volvió á levantar cabeza la familia de la Escala, hasta perdió el resto de sus posesiones en tiempo de Juan Galeazo y dejó de ser familia reinante. Verona atestigua su grandeza en sus monumentos, y sus sepulcros son una brillante prueba del renacimiento de las artes, cuyo vigor no había amortiguado una imitación servil todavía (5).

En esto Mantua había sido quitada á los Bonacossi por los Gonzaga (1328), de nuevo habían sido proclamados señores de Ferrara los marqueses de Este (1317). Afidieron á esta ciudad Módena: obtuvieron de Carlos IV la confirmación de los feudos imperiales de Rovigo, de Adria, de Aviano, de Lendinara, de Argenta, de San Alberto, de Comacchio, ciudad importante por sus salinas: se sostuvieron entre los papas, Venecia y Milan, y adquirieron además Parma y Reggio.

Saboya.—En las comarcas superiores de la Italia dominaban Juan Paleólogo, marqués de Monferrato; los condes de Saboya y sus vasallos; Jacobo, príncipe de Acaya, conde del Piamonte, y Tomás, marqués de Saluzzo. Amadeo V, tronco de la casa de Saboya en el Piamonte (1285-1323), fué creado príncipe del Imperio por Enrique VII, quien le dió también el condado de Asti. Amadeo VI, llamado el conde Verde, á causa de los colores con que se había presentado en un torneo dado en Chambéry, quitó á la condesa de Provenza, Chieri, Cherasco, Mondovi, Savigliano, Cuneo. La prosperidad de sus rentas, perfectamente administradas por Guillermo de la Beaume, su ministro, le permitió comprar la baronía de Vaud, con los señoríos de Bugey y de Valromey. Constituyóle vicario imperial Carlos IV. Habiéndose trasladado á Constantinopla para socorrer á Juan I Paleólogo, su primo, conquistó á Galipoli de los turcos, y obligó á los búlgaros á la paz con aquel emperador. Instituyó la orden de la Anunciación, ó collar de Saboya, con una cadena de plata sobredorada de tres nudos, y las letras F. E. R. T. en los eslabones. Se ha querido interpretar estas iniciales, que figuraban anteriormente en el escudo de armas de esta casa, por *Fortitudo Ejus Rhodum Tenuit*, haciendo alusión á la expedición de Amadeo V á Rodas en el año de 1315. El número de los caballeros de esta orden era en un principio de catorce, y el príncipe formaba el décimo quinto: en lo sucesivo se elevó á veinte.

Amadeo VII el Rojo (1383), permaneció de la misma manera que su padre, amigo de la Francia,

(5) En el suntuoso mausoleo de Mastino (1350) se lee: *Me dominum Verona suum, me Brixin vidit, Parmaque cum Lucca, cum Felro, Marchia tota.*

y añadió á sus posesiones Niza, Vintimiglia, Villafranca, el valle de Barceloneta. El Ginebrino tocó á Amadeo VIII el Pacífico á causa de la extinción de los príncipes de Acaya; redujo á los marqueses de Saluzzo y de Monferrato á reconocerse vasallos suyos. Hallándose reunido bajo su autoridad todo el Piamonte, dominaba desde el lago de Ginebra hasta el Mediterráneo, y el emperador Segismundo le confirió el título de duque (1416). Después de haber representado un papel importante en las vicisitudes de Italia, se retiró á Rapalla, cerca de Tonon, á una soledad donde la devoción no excluía la magnificencia: le hemos visto salir de allí para representar el infeliz papel de antipapa.

Tal era la condición del país que confinaba con el Milanésado, al tiempo que murió Azzon Visconti, quien tuvo por sucesores á sus dos tíos, Lucchino y el arzobispo Juan (1339): el uno, pérfido y severo, el otro conciliador y dulce, aunque propendiendo ambos á consolidar su casa, y á hacer prosperar el Estado por las artes, la industria, por la buena administración de las rentas, por las letras y por nuevas adquisiciones. De este número fué Génova.

Génova.—Verdaderamente parecía que la guerra interior fuera su elemento, teniendo por insupportable el reposo. Durante largo tiempo había estado dividido todo su territorio entre los güelfos y los gibelinos, y ejerciendo allí cada uno su actividad por su propia cuenta, tenía como de hombre á hombre, sus enemigos particulares. Las guerras empeñadas daban una apariencia de legalidad á las piraterías continuas, y los vecinos ó los nobles eran alternativamente vencedores ó vencidos. Por un momento había llegado Roberto á conseguir la avenencia de unos y de otros, induciéndoles á repartirse los empleos en iguales proporciones; pero en breve prevalecieron los gibelinos y espulsaron á los Fiescos así como al capitán del rey de Nápoles.

Entonces se restableció el antiguo gobierno con dos capitanes del pueblo, un podestá, y además el abad antiguo. Pero los güelfos, refugiados en Monaco, tardaron en volver muy poco. Los nobles, que casi todos eran capitanes y pilotos, vejaban á las tripulaciones, renovando en el mar los excesos que se cometían en tierra. Habiendo sido maltratados los marinos de la escuadra enviados al servicio de Francia, porque se habían quejado de la malversación de sus sueldos, apenas saltaron en tierra pidieron venganza.

Simon Bocanegra.—Los de Voltri, Polcevera, Bisagno, todos gentes de mar, se reunieron en Savona: hicieron causa común con ellos los artesanos y nombraron dos cónsules; por su parte los habitantes de Génova se amotinaron (1339); y quisieron elegir su abad libremente. Se deliberó, y como no se acordara nada, gritó un batidor de oro: *¡Que-reis creerme? Nombremos abad á Simon Bocanegra.* Al oír estas palabras hicieron todos memoria de los servicios de su casa, y repiten á coro: *Si, si,*

vamos á casa de Simon Bocanegra. Como éste se hallaba entre la muchedumbre, sus vecinos le levantaron en sus brazos al son de aplausos estrepitosos. Luego que obtiene silencio les recuerda que es noble, que los de su familia han sido investidos con altas dignidades, y que aceptando, se degradaba. Entonces clamó el pueblo: *Pues bien, que sea nuestro soberano.* Torna á defenderse y dice: *Eso no es posible porque vosotros tenéis vuestros capitanes.*—*Pues sé dux;* y le llevan en triunfo á San Siro, gritando: *¡Vivan los mercaderes, viva el pueblo, viva el dux!* Y en medio de estos gritos de júbilo desahogan su odio contra los Dorias y los Salvaggi (6). Esta resolución tumultuosa, que hemos narrado como ejemplo, fué un grave atentado al ascendiente de la nobleza: porque habiendo nombrado una vez el pueblo, no ya magistrados subalternos, sino el jefe de la república se consolidó. Pero ¿le era posible tolerar un gobierno? La mayor parte de los nobles se retiraron á sus castillos, y ni Bocanegra ni Juan de Murta, su sucesor, consiguieron restablecer la paz.

A las agitaciones intestinas se mezclaban los desastres exteriores. El mar de Azof y la Propóntide estaban enrojecidos con sangre de los genoveses: además fueron derrotados delante de Alghero de Cerdeña, por los venecianos unidos á los catalanes, y cuatro mil quinientos prisioneros fueron arrojados al mar por los vencedores. Hallándose después reducidos los genoveses al hambre, por Juan Visconti, que había prohibido que se les llevasen granos, tomaron la resolución de entregarse (1353). En cambio de su libertad les dió el dinero necesario para armar una nueva escuadra, que bajo el mando de Paganino Doria se apoderó del almirante veneciano Nicolás Pisano, y de cinco mil ochocientos setenta hombres. Se celebró la paz por mediación de Visconti; y pagando los venecianos trescientos mil florines de oro, renunciaron por espacio de tres años á comerciar en el mar Negro, á escepción del puente de Caffa. Poco tiempo después Felipe Doria tomó y saqueó á Trípoli (1355), de donde se llevó siete mil esclavos y un millon ochocientos mil florines de oro: luego se la vendió á un sarraceno. El orgullo de la libertad se reanimó entre los genoveses con los triunfos: sacudieron el yugo de Visconti (1356) y restablecieron el gobierno popular con el dux Bocanegra, quien continuó humillando á la nobleza, y conservó el poder toda su vida. Forzoso fué que los Fiescos y sus adictos se resignaran al nuevo orden de cosas.

Bolonia.—Clemente VI intentó restaurar la autoridad pontificia en Bolonia, nombrando á Hector Durfort, conde de la Romaña: luego Inocencio VI envió allí en calidad de vicario pontificio al cardenal español Albornoz, quien peleando con

(6) STELLA, *Ann. genuens* in *Rer. ital. Script.* XVII, página 1073.